

La Narrativa Inteligente De Gonzalo Contreras

El Gran Mal

Gonzalo Contreras. Editorial Alfaguara, Santiago, 1998, 332 páginas.

por Ignacio Valente

LOS relatos de G. Contreras nos han habituado a una buena ficción, a una escritura inteligente, a unos caracteres singulares y a las relaciones complejas que ellos guardan entre sí. Con estos criterios analizaré su última novela.

El gran mal es, en cierto modo, "ficción dentro de la ficción": Ricardo, un escritor frustrado, escribe la biografía de su tío pintor, Marcial Paz. La novela es, en parte, el texto mismo de esa biografía, escrita en tercera persona, pero también contiene los entretelones —los formales y los humanos— de su escritura, el oblicuo autorretrato y las vicisitudes presentes del sobrino: éste narra para nosotros su trabajo de biógrafo en primera persona, desde su casi aislamiento cordillerano, sin más contacto que el de su eventual vecina y lectora, la decisiva Agata. Se trenzan así, junto con la tercera y la primera persona, las dos líneas argumentales, y el presente con el pasado, y el arte con la vida.

Esta narración sobre la narración es también una novela sobre la memoria y sus misteriosas grietas, penumbras y ambigüedades. Y es un intento de **portrait of an artist**, con todas las tensiones internas, enigmas y contradicciones del artista y de la "odisea del arte"; del chileno que huye de Santiago en sus tres periplos —París, Tánger y Nueva York—, de sus tres amores —o mejor, dos—, y de su progresivo destino de hombre atrapado por la vida: todo un carácter, trazado con los instrumentos más finos, que son las conjeturas.

Las atmósferas de los tres escenarios están muy bien logradas, con un austero realismo quintaesencial, sin concesión alguna al pintoresquismo. El motivo "latinoamericanos en París" es tan arquetípico como único. Y la honda chilenidad del caso no oculta sino que revela mejor sus dimensiones universales, sobre todo en relación al arte y al amor, cuya casi imposibilidad o/y casi vacuidad patentizan la visión sombría y descarnada del autor.

El lenguaje narrativo de Contreras, dentro de su esencial sobriedad, abunda en esas observaciones agudas, hallazgos expresivos y comentarios inteligentes que hacen una sola cosa con el relato mismo, y que tanto gratifican la lectura. Es un lengua-

je que sigue con rigor los relieves, laberintos y nudos de la ficción, más rica en anécdotas y más abierta que en sus novelas anteriores. Pero la prosa adolece de descuidos de sintaxis, de sonido y aun de léxico: ¿apresuramiento, falta de corrección?

La misma pregunta cabe hacerse a propósito del ritmo lento del primer centenar y tanto de páginas: en ellas la biografía del pintor no ha madurado aún lo suficiente, por una parte, y, por otra, tampoco es bastante fuerte su contrapunto actual, a saber, los recuerdos del sobrino, su autoanálisis, la pluralidad de registros para abordar al artista y pariente, la conversación con Agata... Felizmente, al cabo de esa espera, y en forma casi simultánea, estas dos líneas —o tres, o diez— se dinamizan en forma recíproca, y de allí en adelante no hacen sino mejorar hasta un alto grado de excelencia narrativa.

Es entonces cuando entramos de lleno en la riqueza de los caracteres, que se iluminan en su mutua y ambigua relación. Evangelina, la amante cubana de Marcial en París, es un personaje vigoroso que galvaniza en forma crucial la narración, y es también el carácter femenino más pasional, marcado y decisivo de la novela. La dulce Eve de Nueva York será su necesaria antítesis. Por otra

parte, a medida que la compleja tragedia de Marcial se define, también empezamos a saber quién es realmente su sobrino y biógrafo, un personaje no necesariamente grato, pero que nos conduce en la lectura con su buen manejo narrativo en primera persona. A su vez, Agata es otro carácter sumamente notable, cuyo enigma se precipita en la feroz calidad del desenlace.

Siendo esta novela la epopeya trágica de un pintor con talento pero casi siempre fuera de sitio —un expresionista figurativo en tensión con la pintura abstracta y con el surrealismo—, su interés desde el punto de las artes plásticas es destacable, más allá —más acá— de tecnicismos que estarían de sobra. Quiero decir que también en ese nivel la obra se sostiene con la mayor solvencia. Pero, sobre todo, **El gran mal** apunta y acierta de lleno en el conflicto existencial del artista, a la manera como grandes poetas lúcidos —Baudelaire, Yeats, Rilke— lo plantean en sus versos. He aquí una novela chilena —no hay muchas— que puede ser leída fuera de Chile, y con verdadera fruición, por lectores exigentes. No muchos narradores pueden hacer con el lenguaje ese trabajo creador tan lúcido que ha llegado a ser el sello distintivo de Gonzalo Contreras.

